
FELICIDAD

Ver: *Idea / Beatitud / Bien y mal*

«Estar en forma plenaria es lo que los griegos llamaban *eu prattein*, *eudaimon*, y los latinos *beatitudo* (de *beo*, colmar), esto es beatitud. La forma concreta como el hombre está proyectado a sí mismo como animal de realidades, en tanto que fuente de posibilidades, y desde la cual la realidad le ofrece sus posibilidades, es lo que debe llamarse felicidad, beatitud.

Para San Agustín, como para todos los clásicos, que el hombre busque la felicidad es una constatación. Basta con analizar cada acto del hombre. Pero no basta enunciar esto como mera constatación; es menester afirmar por qué esto tiene que ser radicalmente así. Y tiene que ser así porque el hombre está constitutivamente sobre sí, y por estarlo en su realidad íntegra en orden a la *perfectio*, por esto y no por otra cosa, el hombre es el animal que busca la felicidad.

El perro no puede buscar la felicidad; lo que sí puede es sentirse bien o mal. Pero el hombre inexorablemente es un animal beatificable, esto es, busca constitutivamente la felicidad.

En la fruición el hombre depone su realidad en una cosa para realizarse en ella, y lo que depone en este su deponer es su felicidad. Mirando a las cosas desde la felicidad es como éstas adquieren el carácter de propiedad apropiable, es decir el carácter de bien.

El carácter de bien está fundado en el carácter de moral, y el carácter de moral pende, primaria y constitutivamente, de que el hombre esté proyectado ante sí mismo en forma de felicidad. Felicidad no es meramente sentirse bien, sino sentirse "realmente" bien; es decir, tener buena figura y estar bien hecho.

De ahí que la felicidad, precisamente porque es la fuente de todo bien, es constitutivamente problemática. Y ¿cómo es el hombre feliz? Este es el gran problema, el mismo problema que se le plantea a la inteligencia en orden al conocimiento, y que encontramos a propósito de esa real pero vaga determinación del bien como bien general.

Comoquiera que sea, la felicidad no es solo *de facto* el bien supremo del hombre, sino que, además, lo es de raíz porque el hombre se encuentra

sobre sí, y la forma en que el hombre está sobre sí es la necesidad de resolver la situación de la manera mejor posible, esto es, con *perfectio*, bajo la idea de felicidad.

Esto lo hace el hombre inexorablemente en todos los actos de su vida, tomado cada uno de por sí. Por ello, uno pensaría que, si el hombre fuera lo más feliz posible en cada uno de los actos de su vida, se habría definido la posibilidad que tiene de ser feliz a lo largo de toda su vida.

Pero ¿qué se entiende por ser feliz en cada acto de su vida? Interviene como ingrediente formal de toda ella, la intelección de la realidad plenaria del hombre. De suerte que ser feliz en un momento bebiendo un vaso de agua, sólo lo será en la medida en que eso pertenezca a la figura real y efectiva del hombre en realidad.

Dicho en otros términos, si tomo todos los actos de la vida del hombre en tanto podrá decirse que, en el acto número uno, el hombre es feliz, si para ser feliz en el acto número dos no necesita abolir totalmente el acto número uno, sino que, aunque lo sustituya por otro, por lo menos la dimensión de felicidad de aquel existió, puede estar conservada y absorbida en la felicidad constitutiva del acto número dos.

Ello equivale a decir que la felicidad se define en cada uno de los actos de la vida, y que lo que llamamos la felicidad definitiva de los actos de la vida, a lo largo de la vida, no es otra cosa sino la felicidad en secuencia. Y solamente hay felicidad en secuencia, si la felicidad en cada acto puede estar radicalmente absorbida en la felicidad del acto siguiente.

Dicho en otros términos, se debe distinguir cuidadosamente entre las dos dimensiones que tiene todo acto vital. Por un lado, es "definitorio", por otro lado, mientras el hombre siga viviendo nunca es "definitivo". Solo hay felicidad si lo definitorio de un acto es capaz de ser elevado a definitivo.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 390-393]



«Ha sido Kant quien ha canonizado en la filosofía moderna la afirmación de que la moral no tiene nada que ver con la felicidad, que eso sería eudemonismo. La felicidad está totalmente excluida de la moralidad. Ahora bien, la tesis sostenida aquí es la contraria: en tanto hay moralidad en cuanto hay felicidad. Kant ha contrapuesto la moral a la felicidad, porque ha entendido que la felicidad es un sentirse bien en todos los órdenes, algo no que tiene más que una dimensión meramente física.

Esto no es así. En la felicidad ciertamente el hombre está antepuesto a sí mismo, pero antepuesto como pura posibilidad de sí mismo. La forma real y efectiva como el hombre se apropia *velis nolis* la posibilidad de sí mismo, eso es justamente la felicidad. La felicidad es en sí misma moral; no cabe disyunción entre ser feliz y ser moral. Quien no tuviera posibilidad de estar antepuesto a sí mismo no tendría posibilidad moral, y quien tenga la

posibilidad radical de estar antepuesto aun en su propia dimensión interna, esa anteposición necesita resolverse en una apropiación por felicidad. La felicidad del hombre es constitutivamente moral, porque es apropiable. Al hombre no le está regalada por su propia naturaleza. Es formalmente apropiada, y por esto es formalmente moral.

La felicidad es en este orden la posibilidad de las posibilidades, y el que el hombre tenga que ser feliz, si bien emerge de una condición física suya que es el estar sobre sí, la manera como el hombre se apropia a sí mismo, proyectado en su misma realidad, es una rigurosa apropiación, y en esto consiste la felicidad.

La diferencia moral.

La realidad no es buena sino en tanto que apropiable. La propia realidad del hombre en tanto que apropiable plenamente es pura posibilidad, y solamente en tanto que apropiable es moral. Lo que acontece es que por ser la forma estructural del "sobre sí" humano, esa posibilidad está forzosamente apropiada.

Ahí es donde está el carácter de posibilidad absoluta, de posibilidad de posibilidades que tiene la felicidad. Es decir, el hombre *velis nolis* tiene apropiada esa posibilidad de ser feliz. Lo cual no quita que la felicidad sea efectivamente apropiada; es decir, ser intrínseca y constitutivamente moral.

Como la felicidad así definida es la posibilidad de todas las posibilidades, quiere decirse que las demás posibilidades reciben su signo por referencia a esa posibilidad radical que es la felicidad.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 394-395]



«La gloria no es solamente conocer a Dios, sino que es, además, ser felices en ese conocimiento. Se ha solido entender que la beatitud es el sentirse feliz, la fruición. Es la vieja discusión entre Escoto y santo Tomás sobre si aquello que constituye la raíz última de la gloria es un conocimiento (según santo Tomás) o un acto de fruición, un acto de voluntad (para Escoto). Yo me permito matizar estas dos ideas con algo más hondo y radical: es que la gloria como beatitud no consiste en sentirse feliz, en ningún caso, sino en algo infinitamente más radical. Recordemos para eso lo que la palabra ἐυδαιμονία significaba para un griego. Un griego no llamaría ἐυδαίμων a un niño, diría que está bien o que se siente bien. Llamaría ἐυδαίμων al hombre maduro, al político logrado, al hombre virtuoso, a Sócrates, por ejemplo. Hablando de los dioses, un griego emplearía un vocablo todavía más extremo: μακάριος, "bienaventurado", que sin embargo Cristo aplicó a todos los pobres de la tierra.

En definitiva, la felicidad para un griego, descrita en estos términos, significa el llegar a la plenitud de forma, a aquello que formalmente constituye la μορφή del hombre, a aquello que es su naturaleza. Y esta forma desplegada en su plena formalidad es justamente lo que sería la ἐυδαιμονία griega: ser en plenitud aquello que se es, en este c

aso, hombre. Ahora bien, no creo que sea el caso del cristiano en la gloria. En el caso del Cristianismo se trata de una cosa completamente distinta: el que vive y muere apoderado por el poder de Dios no solamente tiende a una cosa, sino que tiene una deiformidad en sí mismo. Y entonces la beatitud en el otro mundo no consiste únicamente en estar contento, ser feliz y disfrutar.

Consiste, ante todo y sobre todo, en que se despliega en plenitud la deiformidad con la que ha entrado en el otro mundo. El hombre, en la gloria, no solamente se siente feliz por tener un Dios a quien poseer y vivir, sino por saberse a sí mismo como deiforme. Por ser un pequeño dios. En esto que constituía, como exordio de la vida, el pecado radical de soberbia, consiste como donación por la vida y muerte de Cristo, la beatitud en el otro mundo. La beatitud consiste en ser formal y reduplicativamente deiformes en acto, en ser pequeños dioses. [...]

La repercusión de la deiformidad del ser del Yo sobre la realidad sustantiva en la gloria es justamente una resurrección. Y ahí es donde aparece el carácter del σῶμα πνευματικόν.

Cuando me referí al σῶμα πνευματικόν en san Pablo (a propósito de la resurrección de Cristo, y ahora a propósito de la resurrección de los muertos) podía parecer que uno se refiere a una especie de fantasma espiritual. En absoluto: σῶμα πνευματικόν no significa un σῶμα que está hecho de espíritu (esto sería una especie de evanescencia fantasmal), sino un σῶμα que está determinado a ser cuerpo, y lo es, precisamente por un espíritu, cosa que es distinta.

Esta determinación es ser un cuerpo vivificado con vida eterna, y no animado con vida terrestre. De este cuerpo es del que decía Pablo que la eucaristía son arras y promesa. Todos resucitaremos con Cristo, porque Cristo ha resucitado, y recibimos precisamente las arras de nuestra resurrección en la incorporación al cuerpo de Cristo por el cuerpo eclesial.

Y éste es justamente el ἔσχατον: ser lo que libremente hemos querido ser, en aversión a Dios o en inmersión en Dios. Y la unidad de todos los hombres en la inmersión de la Iglesia es justamente el Reino de Dios en este mundo y, además, en el otro. Hemos visto de esta suerte lo que es la Iglesia en la índole estructural de su unidad, y lo que es la Iglesia en tanto que camino a una escatología.»

[Zubiri, Xavier: *El problema teológico del hombre: Cristianismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1997, p. 451-453]

COMENTARIO

Como se dice en español: "Que me quiten lo bailao".

•

Hay dos maneras de ser feliz: una es hacerse el idiota y otra, serlo.
[Sigmund Freud]

•

La felicidad son instantes. Solo se es feliz a ratos. La felicidad es relativa ya que no podemos decir que uno haya sido feliz en todos los momentos de su vida.

•

Tal Ben-Shahar: "La obsesión por ser feliz todo el tiempo te hace miserable".

•

«La felicidad es la armoniosa satisfacción de las tres grandes necesidades que tenemos los seres humanos: pasarlo bien, mantener unas relaciones afectivas satisfactorias y ampliar nuestras posibilidades vitales.» [José Antonio Marina]

•

«Lo más valioso en el hombre es su eterno y como divino descontento; descontento que es una especie de amor sin amado y un como dolor que sentimos en miembros que no tenemos. El hombre es el único ser que echa de menos lo que nunca ha tenido.

Y el conjunto de lo que echamos de menos sin haberlo tenido nunca es lo que llamamos felicidad. De aquí podría partir una meditación de la felicidad, un análisis de esa extraña condición que hace del hombre el único ser infeliz precisamente porque necesita ser feliz. Esto es: porque necesita ser lo que no es.»

[Ortega y Gasset, José: *Una interpretación de la historia universal* (1960). En *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1962, vol. IX, p. 190]

•

Y ese misterio nos dará felicidad solo si cada uno de nosotros lo elige: «La felicidad, el mayor de los bienes al que tendemos, según Aristóteles, es una consecuencia de la forma en que decidimos vivir y no un camino. No hay un sendero a la felicidad sino una actitud ante la vida que nos puede proporcionar felicidad».

Para encontrarle el sentido a la vida, el autor incide en la importancia en el «autoconocimiento». Pero no entendiéndolo como la obsesión por uno mismo: «¿Por qué no acabo de ser feliz? ¿Por qué, a pesar de practicarlo todo, mi vida sigue siendo igual? Pueden existir diferentes respuestas, pero

al menos hay una evidente: porque se vive demasiado centrado en uno mismo. De tanto buscar ese tesoro escondido en el alma propia, uno se olvida de vivir la vida que tiene ante sus narices». [Xavier Guix]



«Después de todo, la Felicidad con mayúscula se compone de minúsculos actos felices; de sensaciones pasajeras agradables; de un estado de salud aceptable; de expectativas positivas ante un futuro siempre azaroso, aunque no totalmente tenebroso; de alguien que te quiera; de un amigo que esté dispuesto a ayudarte; de pequeños placeres inherentes a los cinco sentidos corporales.

La trama cotidiana de actos felices está servida por ciudadanos corrientes y anónimos, que directamente inciden en tu vida. Esta lista de servidores la forma el panadero, el último quiosquero de la esquina, el tendero amable, el conductor del autobús, el médico de cabecera, el cartero que te trae buenas noticias, el fontanero muy profesional, el camarero de bar, la profesora del colegio de tus hijos, el vecino simpático que te da los buenos días.

De otro lado está el nudo de las obligaciones que te ahoga y el mundo de la política cuya maleva atención absorbe gran parte de tu energía. Para descubrir si un político merece tu voto trata de imaginarlo como ese ciudadano corriente que contribuye a tu felicidad cotidiana.

Y en este caso debes preguntarte si le comprarías el pan a Donald Trump si fuera panadero; si te subirías a un autobús conducido por el presidente Rajoy si llevara el volante igual como conduce a su Gobierno; si te dejarías operar del riñón por un cirujano que en el quirófano se comportara como lo hace Carles Puigdemont en Cataluña.

Te darás cuenta de lo irresponsables e ineptos que son muchos de nuestros políticos de derechas y de izquierdas, en el poder o en la oposición, cuando piensas en qué incómodo fregado se convertiría tu vida si tal como se comportan en política esos líderes lo hicieran como tenderos, médicos de cabecera, conductores de autobús, cocineros o cirujanos. Con toda seguridad prescindirías de ellos. Pues, eso.»

[Manuel Vicent, en El País - 4 JUN 2017]



«El motivo por el que no estamos diseñados para ser felices, según la ciencia: Una persona satisfecha no se mantendría en guardia ante las posibles amenazas para su supervivencia, así que los estados de satisfacción permanente no existen en la naturaleza. La felicidad es una idea abstracta sin base biológica y sin equivalente en la experiencia humana real. No estamos diseñados para ser felices, sino para sobrevivir y reproducirnos, como todas las demás criaturas del mundo.

Sin embargo, la enorme industria del pensamiento positivo, que se estima que genera 11.000 millones de dólares al año, ha ayudado a crear la fantasía de que la felicidad es una meta realista.

«Vida, libertad, y búsqueda de la felicidad». Son los tres derechos inalienables incluidos en la Declaración de Independencia Americana. La frase proviene de la de John Locke: «Cuidadosa y constante búsqueda de la felicidad verdadera y sólida».

El derecho a buscar la felicidad no es lo mismo que el derecho a adquirirla, pero en cualquier caso ese objetivo se convirtió en un concepto muy americano, exportado al resto de nosotros a través del vehículo de la cultura popular estadounidense. Este «derecho inalienable» ha creado una expectativa que la vida real, por desgracia, tercamente se niega a complacer.

El hecho de que la evolución nos diera un gran lóbulo frontal en nuestro cerebro (con sus excelentes habilidades ejecutivas y analíticas), pero nos negara la habilidad natural de ser feliz, dice mucho acerca de las prioridades de la naturaleza.

También se argumenta que, el que la naturaleza no haya eliminado la depresión en el proceso evolutivo a pesar de las evidentes desventajas que presenta, se debe a que puede cumplir una función útil en tiempos de adversidad.

Por ejemplo, puede ayudar al deprimido a abandonar una situación en la que no puede ganar. Se ha postulado que las rumiaciones depresivas también pueden ayudar a encontrar una solución a los problemas con los que uno se encuentra en tiempos de adversidad.

Se dice a menudo que solo se puede alcanzar la felicidad a través de un estado de armonía con la naturaleza. Esto se basa en el hecho de que hemos evolucionado en un entorno natural, pero la naturaleza y la selección natural sólo se atienen a imperativos aleatorios. A la naturaleza no le importa en absoluto el bienestar del individuo, solo su supervivencia.

La clave de la felicidad no se encuentra, por lo tanto, en la naturaleza.

Nuestras emociones son mixtas e impuras, desordenadas, enredadas y, a veces, contradictorias. Ciertos estudios han mostrado que las emociones y los afectos positivos y negativos pueden coexistir en el cerebro y ser relativamente independientes el uno del otro. Este modelo muestra que el hemisferio derecho procesa sobre todo las emociones negativas, mientras que las positivas son procesadas por el lado izquierdo.

El modelo de emociones encontradas, basado en la coexistencia del placer y el dolor, se acomoda a nuestra realidad mucho mejor que la dicha inalcanzable que nos quiere vender la industria de la felicidad. Además, el pretender que el dolor sea algo anormal o patológico, algo evitable para quienes saben cómo hacerlo, solo generará en el resto de nosotros sentimientos de fracaso y frustración.

Negar la existencia de la felicidad puede parecer un mensaje negativo, pero el consuelo reside en saber que las emociones negativas no representan un fracaso personal. La tristeza intermitente no es un defecto que exija una reparación urgente, como pregonan los gurúes de la felicidad. Al contrario, esa tristeza es lo que te hace humano.

[Rafael Euba: "El motivo por el que no estamos diseñados para ser felices, según la ciencia", en *ABC* - 12/08/2019]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten